



Los “viajes a la inversa” en *Amargo y dulzón* de Michaelle Ascencio

Luz Marina Rivas

INSTITUTO CARO Y CUERVO
BOGOTÁ, COLOMBIA
luz.rivas@caroycuervo.gov.co

Resumen

Este trabajo busca poner en diálogo a *Amargo y dulzón* (2002), de Michaelle Ascencio con las reflexiones teóricas de la autora sobre las novelas antillanas. La escritora explora los mismos temas que encuentra en autores haitianos: el viaje como representación del exilio y el regreso a la isla natal. La novela posee visos autobiográficos, nos interesa leerla como búsqueda identitaria, a partir de la estructura misma de la novela y de la construcción del personaje principal, Altina, alter ego de la autora. Interesan también los vasos comunicantes con otras novelas caribeñas que comparten el tema del regreso al país natal.

Palabras clave: Michaelle Ascencio, *Amargo y dulzón*, motivo del viaje, identidad caribeña, novela haitiana, literatura venezolana.

The “Reverse Journeys” in Michaelle Ascencio’s *Amargo y Dulzón*

Abstract

This work seeks to put in dialogue *Amargo y dulzón* (2002), by Michaelle Ascencio with the author's theoretical reflections on Antillean novels. The writer explores the same themes she finds in Haitian authors: the trip as a representation of exile and the return to the island of her birth. The novel has autobiographical visions, we are interested in reading it as an identity search, based on the very structure of the novel and the construction of the main character, Altina, alter ego of the author. The communicating vessels are also interested in other Caribbean novels that share the theme of returning to their native country.

Keywords: Michaelle Ascencio, *Amargo y dulzón*, theme of trip, identity, caribbean identity, haitian novel, venezuelan literature.

Recibido: 13.2.19 / Revisado: 20.2.19 / Aprobado: 01.03.19

La historia de una joven que ha emigrado en su infancia a una ciudad suramericana desde la isla ficticia de Cibao, que desde niña interroga a sus padres en busca de respuestas sobre el origen familiar y que ya mayor viaja varias veces a la isla en busca de sus raíces es la síntesis de *Amargo y dulce*, la primera novela de Michaelle Ascencio, que según ella misma lo confesara en múltiples conversaciones es una novela con visos autobiográficos. En un trabajo anterior sobre la novela (Rivas, 2004) di cuenta de su carácter intrahistórico, a partir de la noción de Doris Sommer y Margarita Saona del tema de la familia como representación de la nación. Ahora me interesa la exploración del tema del exilio a partir de las claves ofrecidas por Ascencio en su *El viaje a la inversa (Reflexiones acerca del exilio en la novela antillana)* (2004), su estudio sobre las novelas antillanas francófonas y anglófonas.

De Michaelle Ascencio, quien fue mi profesora, colega y amiga, puedo comenzar diciendo que fue Licenciada en Letras de la Universidad Central de Venezuela, Licenciada en Etnología de la Universidad d'État de Haití, con una especialización en Lingüística y Dialectología en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, donde ahora trabajo, y un Doctorado en Ciencias Sociales, en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Michaelle Ascencio desarrolló una intensa y brillante carrera como docente e investigadora, en la Universidad Central de Venezuela, de la que se jubiló como Profesora Titular. Fue docente y directora de la Escuela de Letras de la UCV, fundadora de los Estudios afroamericanos de la Escuela de Antropología y también fue docente de la Escuela de Historia.

De sus trabajos académicos se destacan *Del nombre de los esclavos* (1985), ganador del Premio Municipal de Literatura, mención Investigación Social; *Lecturas antillanas* (1990), *Entre Santa Bárbara y Shangó* (2001), *El Viaje a la inversa (Reflexiones acerca del exilio en la novela antillana)* (2004) y *Las diosas del Caribe* (2007). Este último, sobre la santería, el vudú y el candomblé, sin dejar por fuera a nuestra venezolana María Lionza, surgió de uno de sus cursos de postgrado para la Maestría en Estudios de la Mujer y la Maestría en Literatura Comparada. Publicó también *De que vuelan vuelan* (2012), en el que nuestra autora trabaja cómo viven la religiosidad los venezolanos.

Otra faceta menos conocida de Michaelle Ascencio es su trabajo como traductora. Fue ella quien tradujo la obra de Jacques Roumain para la Biblioteca Ayacucho, publicada bajo el nombre *Gobernadores del rocío y otros textos* (2004), que muestra la versatilidad de una autora que hace ella misma un excelente estudio introductorio de este importante autor haitiano y la selección y traducción de dos novelas, cuentos y poemas, con un gran

talento literario. Recordemos que un traductor literario es también escritor. Resulta muy conmovedora la poesía de Romain en el español de Michaelle. En particular, Michaelle no solo se sometió a las dificultades de una traducción del francés al español, que ya son muchas por la naturaleza de los textos, en especial de los poemas, sino que debió afrontar las dificultades del francés *créole*, del que se apropia el autor haitiano con frecuencia. Con su gran talento para la narración oral, ella contaba cómo se acercó muchas veces a los heladeros haitianos que frecuentaban la Plaza Altamira en Caracas, para resolver muchos interrogantes acerca de las palabras en *créole*, que ellos amablemente le contestaban. Hago esta acotación personal, pues en el desarrollo de su carrera académica, tal como lo hemos expuesto aquí, Michaelle regresó una y otra vez a Haití, tanto física, como intelectualmente. Hizo estudios académicos en Puerto Príncipe, estudió la literatura haitiana y las literaturas caribeñas en general; encontró múltiples relaciones entre la cultura venezolana y las demás culturas del Caribe.

Luego de su trayectoria como investigadora y autora de ensayos académicos, Michaelle Ascencio incursiona como novelista con gran fortuna. Su novela *Amargo y dulzón*, merecedora del premio de la Bienal de Literatura Latinoamericana "José Rafael Pocaterra", del Ateneo de Valencia, en 1998, fue publicada por primera vez en el año 2002 y luego, por Editorial Alfa, lo que hizo que fuera uno de los libros más vendidos en Venezuela en 2010. En 2005 publicó *Mundo, demonio y carne*, novela que recrea el momento histórico de la expulsión de los religiosos de los conventos durante el gobierno de Antonio Guzmán Blanco en la Venezuela del siglo XIX y en 2015, póstumamente, se publicó *El circo*, novela ambientada en la Venezuela de mediados del siglo XX entre el golpe de estado que sufrió el presidente Rómulo Gallegos y 1952, cuando se impone el dictador Marcos Pérez Jiménez. Aun en estas novelas venezolanas tienen el Caribe insular presente, en el puerto que visita la protagonista de *Mundo, demonio y carne*, donde venden sus productos las mujeres de Curazao, y en Monique, inmigrante antillana presente en *El circo*.

Amargo y dulzón es la historia de Altina, una mujer madre soltera, profesional, que vive en una ciudad llamada Santiago de León en Suramérica, es decir, Caracas, ciudad cuyo nombre completo es Santiago de León de Caracas, adonde la protagonista ha emigrado con su familia desde una isla que ficcionalmente se llama Cibao, gobernada por un cruel dictador llamado Duvamal, es decir, Haití cuyo monte Cibao se encuentra al sur de la isla, y cuyos dictadores, los Duvalier François y Jean-Claude (Papa Doc y Bébé Doc) aterrorizaron por décadas a la población.

La novela no se organiza en capítulos, sino en fragmentos separados por espacios en blanco, agrupados en tres grandes bloques, de manera que su estructura fragmentaria va componiendo cuadros que, reunidos, dan una dimensión de las vivencias de la familia de Altina en Cibao y de ella misma, al ir redescubriendo el lugar de su infancia y al ir descubriendo, en distintos viajes, el extrañamiento que produce haber crecido lejos del país natal. Se alternan un narrador en tercera persona, omnisciente, con Altina, como narradora en primera persona.

La novela se abre con recuerdos de infancia. Por una parte, las conversaciones con sus padres, buscando indagar en la historia familiar. Las conversaciones se cruzan con imágenes lejanas de su infancia, cuando asistía con su familia a los momentos finales de su abuelo Basilio, hospitalizado en la isla.

A lo largo de la novela, se va develando cómo los padres de Altina partieron de Cibao hacia Santiago de León, pues Laurencio, el padre de Altina, huía de la férrea autoridad de su madre, Consolación, quien había gobernado a su familia y a sus propios hijos con una gran dureza para mantenerlos al servicio de la empresa familiar. Por otra parte, la familia de la madre, Emma, había estado bajo el yugo de Basilio, el abuelo, quien había esclavizado, prácticamente, a la abuela Toribia, de origen indígena y venida de Panamá. En ambas familias, pues, priva la violencia en las relaciones domésticas. El primer recuerdo infantil de Altina, acompañando a sus madres y a sus tías en el hospital donde agoniza el abuelo, resulta inquietante para ella. Recuerda la indiferencia de las mujeres frente al moribundo, la extrañeza que le causa a ella ese anciano desconocido a quien le piden que le dé un beso, para que finalmente la niña descubra que ella es la única que lo ha besado. En el indagar una y otra vez sobre su familia, Altina descubre relaciones difíciles no solo entre los miembros de la familia, sino entre los amigos, que parecen relacionarse con una manera de vivir colectivamente en que la desconfianza es la norma, y en que la violencia está detrás de los rostros indiferentes o incluso aparentemente amables:

-Te aconsejo que no aceptes ninguna invitación a almorzar, salvo de gente que sea de tu estricta confianza.

-Ustedes exageran, respondió Altina a sus amigos, que en voz baja describían la vida acorralada de Siboney.

-Vamos hacia atrás. Hemos vuelto a la Colonia, por eso te prevenimos. Aquí se muere la gente por protestar, por disentir, por quejarse, por preguntar, y ahora por comer.

-El Siglo del Veneno, así lo llaman los historiadores y cronistas del siglo XVIII en las islas, aclaró uno de los amigos. El mal, concentrado en lo diminuto y lo invisible. ¿Qué iba a imaginar el colono que en la tisana que se estaba bebiendo había un polvillo de hojas secas que le cortaría la vida?

-Pero ahora el veneno está en manos de todos y sirve para cualquier fin. Dicen que en la casa presidencial hay sacerdotes del culto secuestrados, obligados a revelar los secretos de los hacedores de zombis; dicen también que la madre del Presidente, como Lucrecia Borgia, mantiene aterrados a los parlamentarios (Ascencio, 2002, pp. 170-171).

La presencia del veneno es muy real para estos amigos, Mónica y Pedro, que han invitado a Altina a su casa y, en un momento dado, se dan cuenta de que su hija quinceañera que ha ido a pasar la tarde con una compañera de estudios, no ha regresado. Llegan a temer que la familia de la compañera haya podido envenenarla por antiguas peleas de las dos familias por la posesión de unas tierras. Altina no cabe en sí de su asombro. No puede creer que puedan temer un envenenamiento de una familia que es supuestamente amiga. Mónica y Pedro le explican que no lo entiende, porque vive en otro país, pero que no se puede confiar en nadie, ni en la propia familia: "La gente no acepta invitaciones a cenar o a almorzar por miedo a que la comida tenga algo que pueda hacerles daño". (Ascencio, 2002, p. 174).

Ese veneno está también presente en la propia familia de Altina, según las historias que le cuenta Finelia, la vieja cocinera de la casa familiar:

El veneno sigue destilando gota a gota, destilando en las casas desde la época de las plantaciones. Las trazas se ven en los dormitorios, en las sobremesas, en los balcones, ay, cree uno que puede reposar en la mecedora, cuidado con la imaginación, a veces estoy sirviendo el café en la veranda y siento su olor... Mi señora, como es india, tal vez entienda más que nosotros mismos, los negros, que no se puede uno descuidar... (Ascencio, 2002, p. 66).

De esta manera, Altina va descubriendo en su último viaje a Cibao que su familia, sus amigos, la sociedad toda, vive con miedo, sintiendo persecución: "A eso hemos llegado, Altina. Hay una paranoia colectiva. Uno aquí se siente perseguido. Yo mismo no comprendo muy bien, pero vivo con miedo, Altina..." (Ascencio, 2002, p. 66). Esta sensación de miedo, de persecución, es anotada en el trabajo de Ascencio sobre las novelas haitianas en *El viaje a la inversa (Reflexiones del exilio en la narrativa antillana)* (2004). Se trata de la primera motivación para el exilio en los personajes de

las novelas estudiadas por la autora. Ella observa en las novelas estudiadas un doble movimiento: por una parte los personajes nunca pueden desprenderse de los recuerdos de su Haití natal, pero

Por otra parte, podríamos decir que el factor que presiona a los personajes al exilio son las relaciones persecutorias vividas como lazos demasiado estrechos que asfixian e impiden el florecimiento de la individualidad. La lógica del sistema prohíbe, en principio, todo desarrollo individual que podría atentar contra la estabilidad social. El individuo que se sitúa fuera del grupo, que no lo sigue, representa un peligro, en todo caso, un exceso, que hay que suprimir excluyéndolo o anonadándolo (Ascencio, 2004, p. 44).

El miedo, según Ascencio, es el móvil que impulsa a los personajes de un importante corpus de novelas haitianas a emigrar, básicamente por la necesidad de sobreponerse al mismo para “que nos convirtamos en individuos, dueños de nuestra vida.” (Ascencio, 2004, p. 46). Explica que si bien puede asociarse el miedo a la persecución política, va más allá de eso, trasciende las circunstancias puntuales del entorno inmediato. Parece remontarse al miedo del exilio primero, el de la trata negrera y la plantación, según explica la autora en su ensayo académico. De ahí que Mónica y Pedro se refieran al veneno como un resabio de la Colonia. También Emma, la madre de Altina, le cuenta que cuando era niña, Finelia contaba historias de la plantación, de los zombis y de los colonos y añade: “Lo que sí me asustaba era lo del veneno, pues nunca supe si Finelia hablaba de la plantación o de ahora...” (Ascencio, 2002, p. 65). El miedo, pues, está enraizado en la cultura de Cibao, aunado al control que sobre cada persona ejerce el entorno social. En el caso de la familia de Altina, la abuela paterna Consolación domina a sus hijos, nueras y yernos; el abuelo materno Basilio es cruel con su esposa Toribia y duro con sus hijos: “Treinta y cuatro años vivió Toribia en cautiverio, pues así consideró su vida desde el día en que recién cumplidos los 19 años, dejó la casa de la familia Rosales.” (Ascencio, 2002, p. 73); sin embargo, Toribia había emigrado con una familia cubana también por el miedo: miedo a la vida miserable de su familia, de peones en una hacienda de su Panamá natal.

En la familia y la sociedad en general se impone un endorracismo, que puede asociarse al miedo y al veneno: cuanto más blanca una persona, más apreciada es. Los miembros de la familia buscan mujeres blancas: la abuela Noemí, francesa; Lalita, la esposa obesa del padrino, muy blanca, y si no blancas, al menos, como Toribia, con un largo pelo lacio y la piel más

clara. Así también, el amigo Pedro, médico formado en Francia, el esposo de Mónica, ha encontrado a una esposa blanca en Europa. Sin embargo, todas estas mujeres son humilladas o dominadas por los maridos. Débora, amiga de Altina, le responde a esta cuando le comenta que observaba cómo Mónica parecía muerta de miedo frente a su esposo:

¿Viste lo negro que es? Es un negro negro. Se casó con ella en Francia. Pedro nunca hubiera podido casarse aquí con una Valbuena. Y eso se lo cobra... (...) le pega, le da unas palizas con la hoja del machete y la deja medio muerta, ¿entiendes? Mónica paga en carne viva el desprecio que Pedro ha tenido que soportar por su color y condición.

-No puedo creerlo, ¡Mónica!

-Se venga de las humillaciones y ofensas que ni su cargo ni sus conocimientos pueden atenuar. Tía Margot no quiso contártelo, pero ese no es un caso aislado. Viajan, se conocen en el extranjero, en Francia, en Bruselas, donde sea, se casan y después, allá mismo o al volver, sale todo el veneno (Ascencio, 2002, p. 179).

Como puede verse en esta cita, el veneno es más que una sustancia mortal que pudiera estar en los alimentos para vengar alguna afrenta. El veneno se hace metáfora de la situación asfixiante de los moradores de la isla, de la violencia que se oculta y surge de repente, incluso en el interior del hogar doméstico. El veneno y el miedo están presentes en la vida cotidiana, como herencias fatales de las relaciones entre los colonos y los esclavos, que continúan reproduciéndose en el presente. Altina llega a presenciar cómo su prima humilla al muchacho de los mandados, a quien llama "el negro ese", siendo ella misma mulata. Cuando la prima sale de la casa airada, se lleva a sus hijos, de quienes dice Altina: "Los hijos de mi prima, eran ya, a pesar de sus pocos años, niños tristes como casi todos los niños de las islas" (Ascencio, 2002, p.190).

El racismo se reúne con el machismo, que aceptan y reproducen las mismas mujeres. La abuela Consolación se disgusta al conocer la situación de madre soltera de Altina; las primas la critican por su delgadez en un país donde la belleza femenina está asociada a la obesidad, que indica la prosperidad del marido. Lalita, la esposa del padrino, se enorgullece de su condición y acepta la violencia sexual de su esposo con una actitud sumisa, que es para ella su deber conyugal. La historia de Toribia, re-creada en un amplio espacio, retoma los prejuicios relacionados con el género y la raza. Toribia es considerada salvaje por sus propias cuñadas, por su origen indí-

gena, porque hace sus partos de pie y pare sola. Ella sufre también un exilio; no solo salió de Panamá para no cumplir el destino miserable de su familia, sino que nunca habló de su lugar de origen. Toribia es discriminada por su diferencia y maltratada por el esposo. La criada Finelia, que la protege, identifica en la envidia y los maltratos que se le hacen a su señora la presencia del veneno. Resulta, pues, asfixiante ese entorno social que vigila a todos, pero más a las mujeres, que impide el libre desarrollo del individuo y que reproduce los esquemas racistas del pasado colonial. Altina descubre que el miedo y el veneno impulsaron a su padre al exilio:

Pero su padre conocía demasiado bien la historia de la isla como para pasar por alto el desdén de los que se llamaban a sí mismos la élite de la ciudad. Conocía, además, su padre, unas cuantas anécdotas de las que había sido testigo, y que contaba a veces, a pesar suyo, bajando la voz al final, en un intento de acallar la vergüenza y la tristeza que le producían esos recuerdos (Ascencio, 2002, p. 138).

(...) comprendí la voluntad que había en mi padre, de sufrir el racismo y negarlo al mismo tiempo. Su respuesta a mi pregunta sobre los prejuicios de la lejana y opulenta Ciudad del Cabo, me lo confirmaba una vez más. (...) Proveniente de una sociedad edificada en las apariencias, debió aprender mi padre a adoptar una actitud distante que impidiera todo tipo de componendas para vivir en paz consigo mismo. Los pocos que, como él, pudieron sustraerse al poder corrosivo del veneno, pudieron también soñar y aventurarse, y adquirir esas convicciones sencillas y certeras que garantizan la vejez tranquila (Ascencio, 2002, pp. 139-140).

Los padres de Altina han partido a Santiago de León para huir de esa sociedad racista y machista. La motivación no ha estado en la política, aun cuando la presencia siniestra del dictador Duvamal aparece en la novela más de una vez, en particular con la narración de la prima Sabine, quien es retenida varias horas por unos policías que le hacen detener su carro, porque estaba circulando por un lugar por donde pasaría el dictador. La obligan a dar vivas a Duvamal y de la traumática experiencia, pierde el habla por varios días. Sin embargo, no se trata de un exilio definitivo el de Laurencio y Emma. Ellos entran en la categoría del “exilio voluntario”, del que habla Michaelle Ascencio en *El viaje a la inversa*. Emigran sin que haya una prohibición de volver, pero esa prohibición se la dan a sí mismos los propios personajes. Aunque regresan por vacaciones algunas veces, lo que Ascencio llama “exilio intermitente” en *El viaje a la inversa*, propio más bien de las novelas de Guadalupe y Martinica, con el transcurrir del tiempo ellos

distancian cada vez más los viajes, al punto de que la tía Margot resiente en una conversación con Altina, que Laurencio no hubiera vuelto ni para el entierro de su madre. Sin embargo, a pesar de la distancia y del intento de olvidar, los padres de Altina nunca terminan de irse del todo, pues llevan a Cibao consigo:

Una especie de desapego, de desazón, de desatención incluso, fue tiñendo los vínculos familiares, sin que la raíz se viera afectada, mis tíos no volvieron a visitarnos en Santiago de León, y con el tiempo, y sin razones aparentes, también Laurencio y Emma distanciaron sus idas a la isla. La abuela, los campos de caña de azúcar, el mar y hasta la propia lengua se volvieron temas prohibidos, iniciándose una vida familiar que cada día parecía brotar de la nada, sin pasado, sin memoria, sin mañana. Como ánimas en pena, sus padres, pero sobre todo Altina, caminaban a una cuarta del suelo, sin rozarlo. Una casa en la que sus miembros apenas se hablaban y nunca se tocaban pues parecían de humo. Laurencio no huyó de nada. Instalado en el nuevo país, la férula de Consolación Aizpurua y su cara de perro lo acosaban, y más allá de ella, la plantación se rehacía de nuevo con los gestos glaciales del colono (Ascencio, 2002, p. 108).

La vida lejos de la isla produce contradicciones en los padres de Altina. Cuentan historias, pero a veces callan o las niegan después. La madre, Emma, más dispuesta a compartir con la hija, parece inventar su memoria: "Durante esas conversaciones Altina pensaba que su madre fabulaba, pues notaba en ella una tendencia que luego le conocería muy bien, la de recordar el tiempo vivido en Cibao como un tiempo regalado y pródigo." (Ascencio, 2002, p. 9). En otros momentos criticaba la isla y la dureza de los hombres de la familia.

A lo largo de la novela, puede verse cómo la nueva generación busca indagar en el pasado familiar. Altina regresa a la isla varias veces a pasar temporadas con la familia y a tratar de comprender la cultura haitiana. Altina hace viajes a la inversa. Recorre al revés el camino de sus padres, pero no hacia África o Europa, como los protagonistas de las novelas haitianas que Ascencio trabaja en *El viaje a la inversa*, sino a ese lugar del origen que ya no queda en Guinea, como lo refiere Finelia, sino en el Caribe. Quiere superar el sentimiento de la infancia de carencia de raíces, de extranjería:

Altina creció como esas algas flotantes sobre el mar, entregadas al infinito por no saber adónde ir, o como esos bambúes de las sombrías orillas de algunos ríos que no parecen estar ni en el agua ni en la tierra, asidos a ese terreno

pantanosos, cenagosos más bien, que convida a lo informe, desdibujando los trazos que no terminan de revelarse (Ascencio, 2002, p. 11).

En este particular, la novela se asemeja a novelas de otros autores cuyos protagonistas son hijos de inmigrantes o inmigrantes desde la infancia, como las de Sandra Cisneros, Julia Álvarez, Cristina García o Junot Díaz, en Estados Unidos, cuyas ficciones buscan reconstruir en la ficción la memoria del país de los padres: “Ella quería una historia larga, de muchos sucesos y bastantes capítulos. ¡Tenía tantas preguntas!” (Ascencio, 2002, pp. 10-11). Las novelas de estos autores son formas de regresar ficcionalmente al país de origen.

Así, Altina realiza distintos viajes en su vida adulta, entrevista a sus tías y a la vieja Finelia, da cuenta en primera persona de diversos rasgos de la identidad de Cibao, como las comidas. Describe en varias ocasiones la diversa gastronomía, las costumbres de sus familiares, los modos de conversar, el ritual que le hace Finelia invocando a Changó para que la proteja.

En ese indagar por su familia y sus ancestros, requiere de su imaginación y re-crea al tatarabuelo vasco de apellido Aizpurua que llegó a la isla en el siglo XIX, con su máquina fotográfica, simplemente, porque admiraba desde Europa una república de negros que se habían dado la libertad ellos mismos. Como lo haría Altina mucho después, el Vasco encuentra una sociedad estratificada por tonos de piel, que reproduce la plantación aun después del fin del yugo europeo. Por la blancura de su piel, resulta un buen partido para la élite mulata de la isla. Decepcionado con la sociedad que encuentra, decide vivir en la periferia de la ciudad, donde viven los más negros y humildes. Allí se encontraría con la cocinera Graciana, a la que haría su esposa. Esta historia resulta interesante, porque es una ampliación de los pocos datos que se tienen sobre el ancestro. Altina lo imagina con sus ojos de extranjero, mirando y siendo mirado, que es la misma experiencia que tiene ella cuando regresa a Cibao. No deja de tener sentido que el Vasco sea fotógrafo, pues la mirada del Otro y la mirada al Otro se metaforizan en este oficio de cazador de imágenes. En ese pasado, el Vasco descubre una cultura de la simulación, en la que siguen vigentes las relaciones de la plantación:

En cada criollo, el señor de la plantación continuaba una vida fantasmal. Como un doble maligno, el colono seguía destilando su racismo, separando lo que debía unirse, despreciando lo que debía quererse. (...) Más de uno había visto su sombra recorriendo las antiguas plantaciones. Incluso, algunos negros, sobre todo los que provenían de mezcla, enfermaban de repente, y al

sanar exhibían un comportamiento extraño, una especie de posesión que los impelía a imitarlo, a duplicarlo, a multiplicarlo, y ni los rezos ni las contras servían para detener este hechizo fascinador que los llevaba a olvidarse de sí mismos y a empeñarse en asemejarse cada vez más a él. Los que trabajaban como sirvientes en las casas acomodadas de la ciudad contaban, al volver, cómo el mal se había extendido y proliferado (Ascencio, 2002, p. 19).

La necesidad de parecerse el criollo es la necesidad de conjurar el miedo al barco negrero, también referido en la novela como la pesadilla recurrente de los viejos, que en sueños volvía con el látigo del capataz "rasgando la noche y la carne" (Ascencio, 2002, p. 19). Es un miedo originario. Esto lo observa Ascencio en la novelística de Guadalupe y Martinica, en *El viaje a la inversa*, que reproduce en los personajes contemporáneos forzados a emigrar a Europa, los mismos sentimientos de miedo y nostalgia de los esclavos en el barco negrero. Esto es lo que ella llama "Complejo de la Trata". Sin embargo, en *Amargo y dulzón*, el Complejo de la Trata está en el rechazo al negro y en la emulación del colono de los exiliados históricos, que han nacido y viven en Cibao, pero siguen añorando la Guinea original. La tortuga que Altina cuando niña encuentra en la casa y luego deja de ver se fue a Guinea y de allí venía. De acuerdo con el narrador omnisciente, desde la perspectiva del Vasco, "Para conjurar el miedo, se inventaron un África mítica, Guinea de los antepasados, a la que volverían al morir, para vivir en eterna libertad" (Ascencio, 2002, p. 16). Por lo tanto, ya los habitantes de la isla están exiliados de su Guinea, de la que fueron arrancados por la Trata. Dice Ascencio, en *El viaje a la inversa*:

La comparación entre exilio y Trata de esclavos podría parecer incluso obvia a un lector antillano o caribeño: es un legado de la tradición oral y ha sido reforzada por la tradición escrita. El lector y el narrador participan de ella, y como todos sabemos que la novela es una ficción, una representación en la que un narrador organiza los acontecimientos (que quiere representar) en una totalidad de vida, no podemos hablar entonces de azar ni de coincidencia. (...) En esta última [en la narrativa] no son tanto los personajes como tales los que reviven la esclavitud cuando se encuentran en exilio, es el narrador mismo el que plantea la similitud de las situaciones; es el narrador el que tiene como modelo el Viaje Inicial de los antepasados (Ascencio, 2004, p. 64).

Si no se puede regresar a la Guinea original, entonces se puede escapar de la esclavitud de la plantación, convirtiéndose en el colono. Esto parece ser lo que estratifica la sociedad de Cibao en la novela.

Como puede verse en la novela, el caso del Vasco resulta interesante, porque este personaje vive también su propio exilio. No logra integrarse a esta sociedad que lo adula y lo rechaza a la vez. La dificultad de comprender el entorno lo hace sentirse intensamente solo:

Varias semanas más pasaron. Lo veían dar largos paseos por el puerto. Se sentía extrañamene solo. Pensó un día en sus padres que no lloraron cuando se fue, vio las colinas de su país, recordó el frío intenso y la nieve, y apretó la gorra que siempre llevaba en el bolsillo como para contener las lágrimas que empezaron a correr... Era un hombre en la plenitud de sus fuerzas, solo en una isla triste del Caribe (Ascencio, 2002, p.40).

La soledad por el exilio la vive de otra manera Toribia, cuyo “exilio absoluto” (categoría trabajada en *El viaje a la inversa*) la llevó a optar por el mutismo y el olvido, para atenuar la nostalgia y la tristeza:

Toribia no podía creer en su nueva vida, había cambiado tanto que a veces no se reconocía. Cuando intuyó que nunca volvería a la hacienda donde su abuelo probablemente ya habría muerto, que nunca volvería a bañarse en el río Turia de sus primeros años, contenta, a pesar suyo, de haber escapado a la servidumbre que la esperaba de por vida, una parte de su ser comenzó a endurecerse y a olvidar, único medio de sobreponerse a los recuerdos y a la nostalgia que, a menudo, la embargaba (Ascencio, 2002, p. 51).

Es interesante que la novela ahonde en estos dos personajes, que son los personajes extranjeros de la familia, además de la francesa Noemí, de la que se sabe menos. Altina mira la sociedad de Cibao desde afuera, desde su vida lejos del veneno y del miedo. En estos personajes hay también una mirada extranjera, desde la cual ni el Vasco ni Toribia logran comprender del todo su nuevo lugar de residencia. Ni comprenden, ni son comprendidos. Esto es lo que al final de la novela le sucede a Altina, que si bien logra racionalizar mucho de lo que ve, no puede identificarse ya con el sentir y el mirar el mundo que tiene su familia, ni comprender el veneno. A través de una tía anciana, que le explica que los apellidos de la familia no son realmente de ella, sino herencia de los colonos que esclavizaron a los antepasados, Altina encuentra la verdad del origen. Los suyos se identifican con los colonos cuyos apellidos son dados a unas calles, pero nunca se podrá saber cuál fue el nombre verdadero del ancestro venido de África.

Al igual que el Vasco, Altina descubre que “El horror de la vida era conjurado callando” (Ascencio, 2002, p. 180). Si el Vasco sentía que los

habitantes de la isla se enmascaraban y simulaban, Altina siente que las máscaras del miedo están en rituales exagerados de cortesía. Comprende, entonces, que ella es una extranjera, cuando está por regresar a Santiago de León:

Tampoco ella volvería. Se había convertido en una extranjera para Cibao. La generación de sus tíos envejecía y ya no tenía fuerzas para participar en los nuevos acontecimientos, nada tenía que hablar con sus primos, esos eternos desconocidos para ella (Ascencio, 2002, p. 191).

En el avión que la lleva a Santiago de León, repite monótonamente: "no volveré a Cibao". Qué lejos está Cibao, piensa Altina paseando por el Parque de Luxembourg, y más lejos la Guinea de Finelia. El País Vasco, lo que menos me imaginaba al venir a Francia (Ascencio, 2002, p. 202).

Hacia el final de la novela, encontramos a Altina en Francia, casada con un francés, habiendo hecho ella misma el viaje a la inversa esta vez a Europa, como los personajes de las novelas de Guadalupe y Martinica, para finalizar en un encuentro familiar en Santiago de León, con sus padres y con su hija. La niña retoma las historias del Vasco y de Toribia, y los padres de Altina las niegan. No hubo tal vasco ni tal india. El tatarabuelo era español y la abuela era española, venida del Ecuador. El pasado queda atrás, convertido en imaginación.

Resulta interesante que, desde Francia, el hogar al que se regresa es Santiago de León, donde están la familia y los amigos. Es allí donde Altina y su padre conversan, al final de la novela, sobre la casa familiar de Cibao que desapareció en un incendio. De esta manera simbólica parece quedar en el pasado Cibao para esta familia que, como diría José Solanes, ha sido trasplantada (Solanes, 1993, pp. 25-26). Este autor se refiere a las metáforas asociadas con las plantas con las que se denominan las experiencias del exilio: desterrar, arrancar, extirpar, transplantar, reimplantar. La novela culmina con una plácida reunión familiar en Santiago de León. Mientras Altina comparte recuerdos con su padre, la abuela le hace trenzas a su nieta Coralía. Se siente en esta escena familiar una reconciliación con el pasado. Cuando el padre recuerda el incendio, Altina, que recuerda la casa como una imagen de su infancia, comparte con él la tristeza por el mundo que ha quedado atrás. Sin embargo, la vida sigue en Coralía, que recuerda las historias familiares que su madre le ha contado, aunque su abuela se ría de ella y le diga que todo está en su imaginación, que será novelista cuando crezca.

De esta manera, podemos concluir que Michaelle Ascencio hace su propia novela antillana del exilio apropiándose de los rasgos de las novelas haitianas, pero también de las de Martinica y Guadalupe. En esta novela interesa el mundo desconocido de sus padres; de Santiago de León, se habla poco. La identidad se reconfigura, en todo caso. El personaje rehace su vida en otros lugares y construye otras memorias, sin por ello dejar de lado todo lo descubierto en Haití, que comparte con su hija Coralia para que ella también comprenda sus orígenes. Para ello, resultaba necesario ahondar en las profundidades de la memoria familiar. El último viaje a Haití resulta catártico. Le devuelve su lugar en el mundo, que ya no puede ser Cibao. Hay una suerte de liberación en Altina al dejar la isla y, al mismo tiempo, llevarla consigo. Todas sus preguntas han sido contestadas.

Referencias

- Ascencio, M. (2002). *Amargo y dulzón*. Caracas: Casa Nacional de las Letras.
- Ascencio, M. (2004). *El viaje a la inversa. (Reflexiones acerca del exilio en la narrativa antillana)*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades. Universidad Central de Venezuela.
- Solanes, J. (1993). *Los nombres del exilio*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.



Michaelle Ascencio junto a la poeta Edda Armas, Ana Teresa Torres y la poeta Yolanda Pantin